



La Feria de Todos los Santos

(25 de marzo de 1979)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2616

DOMINGO 1 DE NOVIEMBRE DE 2020

Pátzcuaro, Michoacán.



ESCRIBEN: Carlos Juárez, Eréndira Cortés, Carlos Ramírez, Yunuén Cuevas, Ramón Moreno, Leopoldo Barragán, Guadalupe Coronel, Élmer Mendoza, Magda Escareño, Herles Velasco y Carlos Caco Ceballos.

El arte de novelar

Chávez y esos tibios huesos que esperan

Élmer Mendoza

La poesía es un país de voces, una época, el estado real de la vida; y Jorge Humberto Chávez es un poeta de voz arenosa que mira las diversas capas del subsuelo de nuestro país. Alrededor de 70 mil homicidios dolosos en 23 meses no pueden pasar desapercibidos para todos. Más los anteriores. Eso significa que existe una hilera de huesos que los familiares buscan afanosamente. Llenos de esperanza. *Un rosario de huesos* es el libro más reciente de Jorge Humberto, publicado por el Fondo Editorial de la Universidad Autónoma de Querétaro, colección Libro Mayor, en Querétaro, México, en mayo de 2020. Leer estos poemas no es regodearse en “la vanidad de la poesía”, es aceptar la invitación a tomar conciencia de una realidad falaz y agresiva, a pensar en que el dolor de la pérdida de un ser querido no debe ser ajeno y que “la poesía no sirve de nada si no puede ayudar a la gente a vivir”.

Chávez, que nació en Ciudad Juárez en 1959, nunca se acostumbrará a los gritos desgarradores de las víctimas. “El mundo es una aflicción”, sostiene, y redobla su empeño en fortalecer su poesía con algo más que versos de gran oleaje. Sus poemas son arenas movedizas, tormentas nocturnas de palabras que escapan constantemente de las clasificaciones. Una forma volátil siempre será una provocación y Chávez disfruta escribir versos en los que jamás se reconoce. Salvo en el tema que es la pérdida brutal de un ser querido. “Qué inocuo es estar a la vera de los hechos”, señala y demuestra que es el poeta que le gusta ser, ese que no teme al “negro corazón de la avenida”, que no ignora que “la muerte siempre avanza en contra del deseo”, porque conoce casos, por ejemplo el de Miriam Rodríguez, que buscó a su hija de 16 años, “su muchacha

yacía en pedazos en el valle”, denunció a los asesinos, los identificó, luchó denodadamente. Hasta que una noche que bajó de su *troca* frente a su casa, justo en la puerta, fue acibillada por un sicario. Los cuervos, los gorriones y los cardenales: están de luto.

A muchos nos gusta la poesía amorosa. Viva Sabines. Pero también nos gusta la poesía que resquebraja el pensamiento y nos convence de ofrecer nuestro brazo una vez más. Una vez más. Hay una capa de huesos que llama a sus deudos. Escuchemos. Porque también nosotros “somos una ristra de huesos que siempre están soñando y cantando para nadie”, que miramos las fosas a la espera de un eco con los nombres a cuestas y nos sumamos al poeta que decreta que en cada momento luminoso “nuestros huesos continuarán cantando”. Chávez es un poeta grande, sabe meter las tardes en un puño y lo esgrime contra el terror, la angustia y la desesperanza. En sus espejos no se ven las víctimas, sólo personas que buscan a sus seres por amor, que no se cansan de descifrar la tierra que al menos mientras vivan, no se tragarán a sus desaparecidos.

Un rosario de huesos es un canto a lo desconocido, al último vestigio de un cuerpo; la música que proyecta espera encontrar sus notas en su corazón; cada uno de los 26 poemas es un compendio de palabras luminosas que nombran la oscuridad. Es un libro donde hay huesos pasados, presentes y futuros, donde la poesía abre brechas y revela las razones de los justos. Entre sus páginas palpita un poeta que mira de frente, que no teme señalar los sitios de la ignominia. Puedo decir que este libro debe ser parte del gran programa humano de Leer para comprender. Desde luego, es la forma de no perderse entre sus páginas.

Apuntes del profesor Torri

Javier García-Galiano

“In Mexico it is necessary to have a legend to do anything”, le escribió Julio Torri a Pedro Henríquez Ureña en febrero de 1917 en una de las cartas recientemente reveladas por Adolfo Castañón. “We are a romantic people unfortunately. Isn’t that?”

Quizá sin adivinarlo, ese bibliófilo natural que era Julio Torri, que parecía dedicar sus días a la literatura, que imaginaba libros que no requerían escribirse, ha propiciado algo semejante a una leyenda.

Muchos años antes, decenios antes de que abundaran en el Distrito Federal ciclistas que se creen cosmopolitas por andar en bicicleta, además de los reparadores del mercado de San Cosme, Julio Torri era de los pocos, acaso el único que andaba en bicicleta en la colonia San Rafael. Se dice que no sólo en bicicleta buscaba amores efímeros, muchachas que en el crepúsculo iban al pan, “líos con feas complacientes”, como se lo confesó a Alfonso Reyes en octubre de 1923.

Todavía se murmura que entre las ediciones más admirables de su biblioteca se hallaban libros raros de erotismo encuadernados con el vestido de novia de su madre.

Quizá Torri era menos conocido como escritor que como maestro de literatura española. Impartía sus clases en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en colegios de señoritas y tenía fama de ser un profesor muy aburrido, de que sus clases resultaban infinitamente tediosas. Jaime García Terrés, que lo veía sobre todo en la antigua Facultad de

Filosofía y Letras, en Mascarones, intrigado por “su facha de gnomo desconcertado, en tal contraste con su fama de insólito sabio”, reconocía que “verdad es que no resultaba fácil mantener cualquier tipo de interés —no digamos ya el interés que su leyenda inspiraba— durante las lecciones impartidas en el aula por el Torri de carne y hueso. Su voz era un monótono susurro interrumpido de trecho en trecho por baladías referencias que su mano escribía en el pizarrón, y nada de lo que proponía despertaba a sus auditores del sueño protector que empezaba a invadirnos durante los primeros minutos de cada exposición”.

Esas clases de mala fama, sin embargo, se convirtieron en el origen de un libro peculiar que pudiera no parecer un libro de Julio Torri: *La literatura española*, un Breviario del Fondo de Cultura Económica que no ha dejado de editarse desde 1952. Incurre en un género comúnmente desdeñado: el manual de literatura, que Torri transforma en la recreación de un lector de la historia de poemas, cantos, juglares, obras de teatro, cuentos, novelas, crítica, folletines; de la transmigración de la palabra. El volumen no se reduce a una introducción o una guía, importa la evocación de esas lecturas, por lo que también sugiere una antología de ese lector que atreve asimismo comentarios casi íntimos que incitan a la lectura de muchos libros.

Julio Torri parecía conformarse de misterios consuetudinarios y el del lector compulsivo y sagaz dispuesto al asombro que puede descubrirse en este Breviario no es acaso el menor.

Hastío del inframundo

José Carlos C. Juárez

Se detuvo el reloj de la iglesia,
cesó la lluvia en la capilla tras el ventanal.

Paró la gota sobre el fresco
como caballo que embiste al viento:
se quiebra las piernas en diminutos cristales
hasta la mejilla de los fieles.

Hay parcas con campanas por despertadores,
la muerte no espera otros cinco minutos
pero hoy están cansadas.

¿a dónde van las musas muerte
a buscar su eterno descanso?

hay parcas con cicatrices en los dientes
cortándose los hilos con la boca,
hay parcas hurgándose los ombligos,
hay parcas con buitres mordiéndoles la cabeza,
hay parcas que ya no se encuentran los ojos
al fondo del río de sus propios muertos

hay parcas que ya no quieren ser parcas,
se aburren de soplar los huesos,
de viajar en cuerpos por canoas,

ya no hay espacio para tantas habitantes,
para tanta muerta con los pechos mordisqueados.

En el Mictlán olvidan algo:
las parcas también fueron mujeres.

Leer bajo el volcán



Los once que no, de Marco Damián

Carlos Ramírez Vuelas

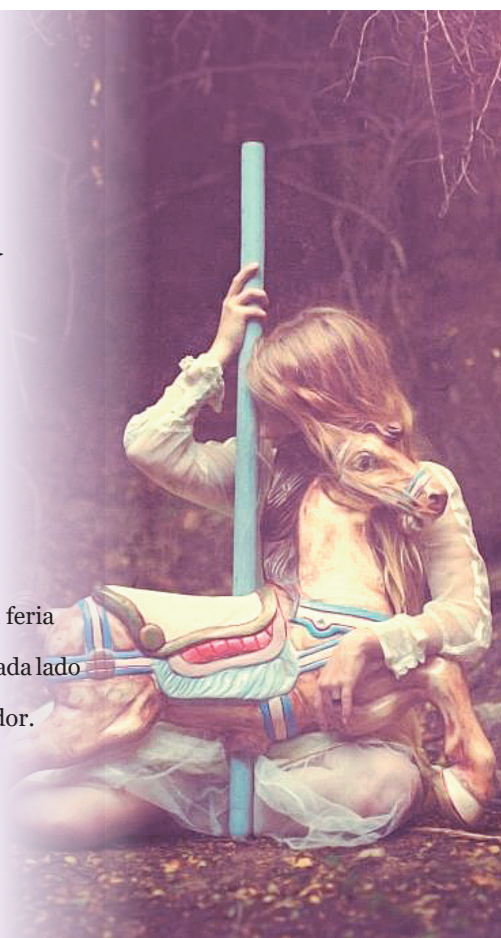
Los once que no, de Marco Damián, fue editado en el 2018 por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima. Fue una de las cartas principales que la Secretaría de Cultura presentó en su participación en la 41 FERIA Internacional del Libro en el Palacio de Minería, a principios de este enigmático 2020. Allí recibió elogiosos comentarios de Fernando Macotela, el director de la FIL de Minería, destacando a *Los once que no*, de Marco Damián, como uno de sus libros favoritos de entre las novedades editoriales del programa de la FERIA. Los invito a leer este magnífico libro sobre once futbolistas que no llegaron a ser estrellas y que, sin embargo, tuvieron una vida extraordinaria, narrada con ligereza y con mucha habilidad, por Marco Damián. Los invito a leer literatura colimense.



Alma de niña

Yunuén Cuevas

Aún quiero subirme al carrusel
soñar entre sus notas musicales
en un corcel que corre sin parar
y comer algodones de azúcar
sin temor a transformarme.
Disfrutar del aroma a niñez de la feria
con mi par de princesas, una por cada lado
protegidas por mi ígneo emperador.



DIARIO DE COLIMA

Convoca

A escritores nacidos o radicados en Colima
desde al menos 5 años atrás, a participar
con trabajos literarios en el certamen

PREMIO ESTATAL DE VIÑETAS

Manuel Sánchez Silva 2020

Bajo las siguientes BASES

- 1.- Podrán participar los escritores y escritoras sin importar la edad, que envíen una viñeta con una extensión mínima de 5 cuartillas y máxima de 15.
- 2.- Los temas de la viñeta deberán tener relación con las costumbres colimenses, los habitantes y figuras singulares del folclor social, así como las crónicas sobre la actualidad social de Colima.
- 3.- Se entiende por viñeta un texto en prosa que comparte elementos con la crónica y el cuento, pero que privilegia la imagen y el retrato, el aguafuerte sobre determinadas circunstancias que hacen de la entidad o de la sociedad algo distinto a las del resto del país.
- 4.- Los trabajos deberán entregarse en sobre bolsa por triplicado, engargolados e impresos en hojas tamaño carta, a doble espacio y con letra Times New Roman de 12 puntos. Deberán firmarse con seudónimo y acompañarse con un sobre aparte y cerrado dentro del sobre bolsa, que contenga la identificación del autor, su nombre, domicilio, número telefónico y correo electrónico.
- 5.- Todos los trabajos, sin excepción, deberán acompañarse con un respaldo en disco compacto, grabado en archivo de Word y previamente desinfectado de virus.
- 6.- Las viñetas deberán enviarse a las instalaciones de Diario de Colima, ubicadas en Avenida 20 de Noviembre No. 580, Colonia San Pablo, Colima, Colima. CP 28000.
- 7.- La fecha límite de entrega de trabajos es el 1 de noviembre de 2020, a las 23:59 horas. Los trabajos que lleguen en fecha posterior, serán tomados en cuenta siempre que la fecha del matasellos del correo como máximo coincida con la del cierre de la convocatoria.
- 8.- Los trabajos serán calificados por un jurado integrado por personalidades de reconocido prestigio en el campo de las letras y el periodismo, cuyos nombres serán dados a conocer con oportunidad. Su fallo será inapelable.
- 9.- Se otorgarán 3 premios: \$10,000.00 (Diez mil pesos) al primer lugar; \$3,000.00 (Tres mil pesos) al segundo lugar; \$2,000.00 (Dos mil pesos) al tercer lugar, en efectivo y diploma. Se otorgarán menciones honoríficas a los mejores trabajos no ganadores, si el jurado lo considera pertinente.
- 10.- Los trabajos se recibirán a partir de la publicación de la presente convocatoria.
- 11.- Los ganadores serán dados a conocer el viernes 6 de noviembre y la premiación tendrá lugar el sábado 7 de noviembre. Las viñetas premiadas se publicarán en el suplemento cultural Ágora de Diario de Colima.
- 12.- Los casos no previstos en esta convocatoria, serán resueltos por los organizadores.

Colima, Colima, a 5 de octubre de 2020.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

La Feria de Todos los Santos

Don Manuel Sánchez Silva

(25 de marzo de 1979)

Sería en verdad difícil prueba, para los investigadores históricos, verificar el origen de esta tradición colimense. Viejos relatos narrados por las extintas abuelas de los hombres que ahora peinan canas y son jefes de familia, hablaban de la Feria de Todos los Santos, como la más popular de las fiestas de Colima.

Don Miguel Miramón, el brillante general del Imperio de Maximiliano, que estuvo en Colima después de haber derrotado a don Santos Degollado en las barrancas de Atenquique, disfrutó de la alegría populachera de la feria y recorrió el perímetro del ahora jardín Núñez, luciendo sus mostachos agresivos, su porte marcial y sus espuelas de plata.

También lo hizo el general Pedro A. Galván, el fiel compañero de don Porfirio Díaz durante los días de incertidumbre, vagabundaje y conspiración del inquieto soldado oaxaqueño.

En aquel tiempo -segunda mitad del siglo pasado-, el jardín Núñez era un parque umbrío por la abundancia de frondosos eucaliptos, almendros, guayabillos y naranjos permanentemente florecidos, y estaba circundado por una gran verja de hierro, de cuyos travesaños ataban sus cabalgaduras los rancheros que venían a la ciudad a comprar camisas chillantes, ceñidores de encendido rojo, huaraches “claveteados” con garbancillos, ungüento del soldado, bálsamo Fioraventi y el indispensable alfajor de coco...

Hasta hace 30 ó 35 años, la Feria de Todos los Santos era tan sólo una exposición de juguetería barata, manzanas de California, fruta pasada, mesilla humilde y farándula trasahumante, y los juegos mecánicos se limitaban a tres o cuatro “volantines” accionados a mano, y uno que otro “carrusel” movido por motor. Al extremo de los lados oriente y sur se instalaban las “canelas”, pequeños puestos en donde se agrupaban los proletarios a comprar por unos cuantos centavos un poco de olvido a sus pesares, buscándolo en el fondo de los recipientes de barro, rebosantes de infusión de canela con “pique”.

Al entrar al jardín, yendo por la calle Real -hoy Madero- se establecía tradicionalmente a mano derecha, el puesto de don Macario Hernández, “La Rana de Hojadelata”, que constituía un paraíso para los niños y una grave amenaza para el bolsillo de los papás.

Era don Macario un hombre bajo y grueso, que por lo corto de estatura y la prominencia del vientre, resultaba cilíndrico. Sobre un cuello de toro descansaba la cabeza grande y tosca, donde la expresión afable, predispuesta a la sonrisa, ennoblecía la fisonomía y hacía simpático el conjunto.

Fue, hasta la muerte, el mejor hojalatero de Colima y poseía una admirable facilidad y raro ingenio para construir toda suerte de juguetes, hechos durante todo el año para exponerlos en la feria. Colgados del techo, acomodados en la armazón o apiñonados sobre el mostrador, aparecían trompos chilladores, silbatos de todos estilos, huijolas de agua, mariposas de policromadas alas que merced a un hábil mecanismo, las abrían

y cerraban al rodarlas sobre el piso; trenes, iglesias, estrellas, sillas y, en fin, una gran variedad de habilidades ideadas para el deleite de la chiquillería.

Frente al templo de La Merced, en la diagonal que desemboca en el noreste del jardín, se instalaba el puesto de caridad, atendido por las más encopetadas señoras y las más distinguidas damitas, y era un signo de buen tono concurrir a él a cenar pechugas de pollo almendradas, enchiladas de picadillo y sopitos fragantes, entre sorbo y sorbo de tuba compuesta, mientras los maniceros entonaban su pregón: “Al ruido de uña”... y de lejos venía el típico rumor de la feria, formado de gritos de vendedores, “huacos” de borrachos, rasgueo de guitarras, mariacheros y voces nostálgicas de los cantadores,

que con el sombrero “arriscado” y el zarape al hombro, musicaban la historia de una mujer ingrata.

A fines de los años veintes se introdujeron los juegos mecánicos y la feria empezó a adquirir mayor importancia comercial. Se pusieron de moda las terrazas centrales, donde la “gente bien” asistía para ver y ser vista, los graves señores jugaban al mundanismo pidiendo “whisky and soda”, los jóvenes de ambos sexos se deshidrataban bailando y la reina de la feria estereotipaba la sonrisa para disimular los bostezos del cansancio y del insomnio.

La Feria de Todos los Santos, convertida de algunos años a esta parte en ese puré de palabras que más bien parece un trabalenguas: Feria Regional, Agrícola, Ganadera, Comercial e Industrial, ha ganado en bullicio, mecanismo y rendimiento económico, lo que ha perdido en tradición provinciana e ingenua. Ha evolucionado, y el atuendo lugareño de blusa escotada, amplias enaguas, rebozo de bolita y bajos de charol, ha sido desplazado por el atavío de cliché “made in USA”.

A pesar de todo, la Feria de Todos los Santos, maquillada, un tanto desnaturalizada y distinta, sigue siendo “nuestra feria”: la más bella de las fiestas de Colima. La estridencia motorizada de las ruedas de la fortuna,

del “látigo” y los aviones locos, ha descartado a las antiguas caneleras, reemplazadas ahora por puestos de fritangas y cervezas, ubicados en las calles transversales donde todavía, como a escondidas, subsiste una que otra mesa junto al fogón tradicional, en que se calienta la olla de la tisana olorosa, siempre buscada por los hombres que tienen muchas tristezas y pocos billetes.

Y perdura aún, entre el confuso estruendo de las máquinas y emergiendo del vocerío desgañitado, el sonoro y antiguo reclamo: “¡Cañas, cañas y no barañas!”... “¡Alfajor de coco y piña para la niña!”... “¡Éntrele al queso de tuna!”...

Y mientras floten en ese ambiente estos pregones, subsistirá la Feria de Todos los Santos, esencia de tradiciones colimenses.



En aquel tiempo -segunda mitad del siglo pasado-, el jardín Núñez era un parque umbrío por la abundancia de frondosos eucaliptos, almendros, guayabillos y naranjos permanentemente florecidos, y estaba circundado por una gran verja de hierro, de cuyos travesaños ataban sus cabalgaduras los rancheros que venían a la ciudad.



Hasta los tímpanos

Cautiverio

Eréndira Cortés

*You were only waiting
for these moment to arise*
P.M.

Siempre me gustó escuchar las aves, platicar con ellas. Las palomas de la abuela, sus gorriones. Observarlos entre las rendijas. Tocarles con la punta del dedo. Tenerlos a mi disposición para que llenaran mi alrededor de trinos y cansarme de imitarlos torpemente.

Cuando cumplí siete años me regalaron un canario, qué dicha me provocaban sus tonos amarillos de superioridad, hasta el canto lo tenía delicado, un piar monótono que interpretaba a mi conveniencia. Hablábamos cada tanto y le decía todo lo que me callaba en palabras. Con el tiempo sus repeticiones adquirirían un nuevo significado.

Lo fui queriendo tanto que la necesidad se volvió enfermiza, pues de alguna manera me llenaba el alma. No me bastaba escucharlo, era preciso el tacto, poseer ese objeto tanpreciado para que nunca se fuera, tragarme lo que me hacía sentir y encapsularlo en todo mi ser.

Primero fue un dedo nada más, era tan suave que se escurría por la huella dactilar. No me tenía miedo, parecía haberse acostumbrado a mi obsesión. Con los días logré meter toda la mano, acariciarlo, asir su cuerpecillo con delicadeza, hasta que por fin conseguí sacarlo sin saber quién tenía más nervios, era tanta mi emoción.

Lo fui haciendo con más frecuencia, era el mejor juguete, la mejor compañía. No sé por qué se dejaba, no tenía alternativa, tal vez hasta le gustaba ¿verdad? Por eso me gorjeaba con más enjundia y yo quería tener esos burbujeros en la garganta, que me salieran esos cantos en vez de voz, comprender realmente su lenguaje

y su mundo.

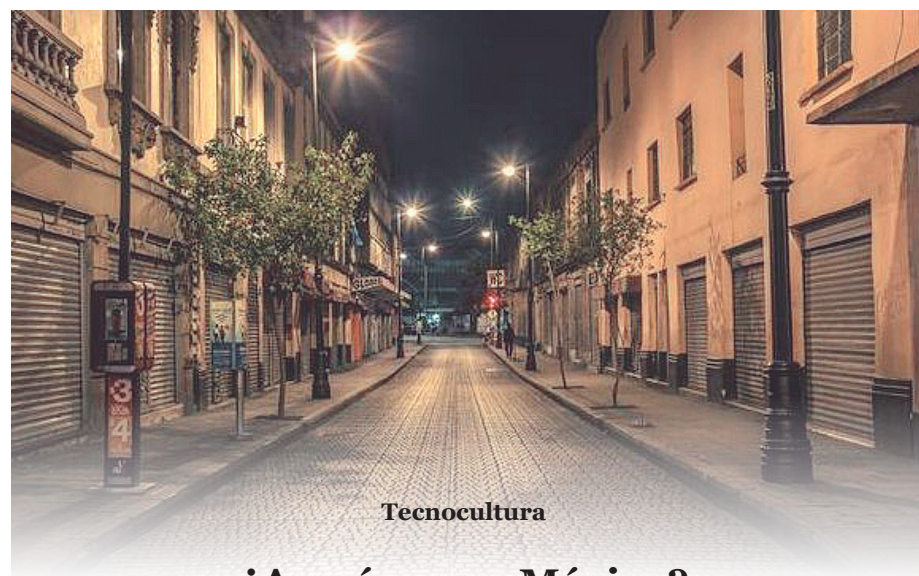
Me fui engañando al punto de creer que lo entendía, de ahí saqué la idea. No podía dejarlo encerrado, debía vivir en un lugar más grande, mi cuarto era la mejor opción. Lo planeé con antelación, sería el día que me quedaba sola en casa. Lo enseñaría a rondar con cuidado mientras tenía la puerta cerrada y a meterse al clóset cuando la abriera.

Era tan excitante verlo revolotear que decidí abrir las cortinas para dejar entrar un poco de luz, pero las aves no saben de cristales y mi canario fue directo a estrellarse en ellos. Todavía recuerdo ese sonido, aunque me cubrí los oídos y cerré los ojos. Cámara lenta. Cayó al piso como copo de nieve. Deseé estar soñando. El cuerpo inerte. Todo en vano. Quedé muda, en pausa, en blanco. Mente, corazón y estómago revueltos. Llamé a mamá. Se asustó al oír mi voz. Con trabajos agudicé su inocente remedio: dale respiración. Todo en vano. Cuando me cansé de llorar me di cuenta, un zumbido incesante era lo único que podía escuchar.

Desde entonces no he podido perdonarme, al menos sé que lo estoy pagando y aprendí lo negligente que es apresar en jaulas a creaturas tan libres. Lo que más extraño es el sonido de las aves, pero no me canso de verlas en libre vuelo, analizo sus movimientos, les tomo miles de fotos, adivino cómo silba cada una, los gorriones, las golondrinas, unas de pecho amarillo y otras de pecho azul. Por alguna razón suelo encontrarme muchas muertas en el camino, algunas heridas o atolondradas. Cuando ya no tienen remedio me quedo un rato inspeccionando su cadáver, intento comprender que sólo son restos, busco un buen lugar y les doy sepultura. Me pregunto si algún día los sonidos volverán.



Cloud-Cage (2004), foto de Chema Madoz.



Tecnocultura

¿A qué suena México?

Herles Velasco

La palabra “conticinio” describe la hora de la noche en la que todo está en silencio; a la gente que vivimos en una de las grandes ciudades de este país nos parecerá prácticamente imposible tener una experiencia de estas características. La ciudad suena, permanentemente, de una forma u otra, a veces más caótica y otras más sutil, y el conticinio se vuelve un maravilloso deseo que no llega del todo, que no supera el par de segundos o la plenitud.

Pero nuestras ciudades no suenan a lo mismo, no sólo entre una y otra; un barrio suena distinto a otro, una calle puede contener sonidos distintos a la de enfrente. Me viene a la memoria aquel documental de la película *Roma*, de Alfonso Cuarón, en la que el sonidista puso particular atención en los sonidos de cada barrio o zona en la que se desarrolla la película, con el agravante de situar además esos sonidos en una década específica.

Pero hay, algo así, como una onomatopeya de la calle, del barrio, de la ciudad que quizás en estos tiempos de pandemia y encierro nos da la oportunidad de percibir; y si no, contamos ahora con un proyecto de, ni más ni menos, que la Fonoteca Nacional para hacernos conscientes y adoptar no sólo el entorno natural o arquitectónico de nuestras ciudades, también sus sonidos particulares.

A través de un mapa sonoro, la Fonoteca nos abre los oídos a todo eso que probablemente pasa desapercibido en nuestro día a día, por supuesto captado en un momento específico, con sus detalles particulares que si bien no son replicables en el día a día, sí que son parte de una posibilidad que puede darse sólo ahí. Difícilmente escucharíamos en un barrio como el Pedregal o las Lomas de Chapultepec el cascabeleo de las conchas

de caracol de los danzantes del centro de la ciudad, o al trovador urbano que deambula por las calles de un tianguis en Iztapalapa, y los vendedores callejeros de alguna estación de Metro al oriente de la ciudad sonarán distintos a los que realizan su labor en, por ejemplo, la estación de Polanco.

El mapa no se ciñe a la Ciudad de México y su megalópolis; decenas de localidades grandes y pequeñas están ahí, en el mapa sonoro, para ser escuchadas; y no sólo los expertos de la Fonoteca Nacional han aportado en esta labor, según se explica en la página de Cultura del Gobierno Federal dedicada a este mapa sonoro, cualquier ciudadano puede aportar a este proyecto y sumar memoria sonora desde su propio barrio.

De momento, la apertura para aportar al mapa sonoro de nuestro país es total, y la restricción se basa sólo en completar un registro en línea. A un proyecto como éste no le caería mal cierta curaduría para no quedarnos muchas veces con registros más bien genéricos y que no retratan del todo estas zonas específicas; porque eso sí, queda registrado el lugar preciso donde se captó tal o cual audio, pero es fácil pensar que a veces en cualquier lugar del mapa donde nos situemos podemos encontrar registros con características iguales.

Vamos, que el proyecto es, por muchas razones, muy interesante ya que, hasta donde sabemos, no existe una geografía sonora de lo que pasa en nuestras calles, pero al ser un proyecto de la Fonoteca queremos pensar que se irá puliendo con el tiempo. Por lo pronto pase por la liga oficial y escuche eso que quizá ha pasado desapercibido para usted, o descubra como suenan otros lugares; la dirección es mapasonoro.cultura.gob.mx

Herles@escueladeescritoresdemexico.com

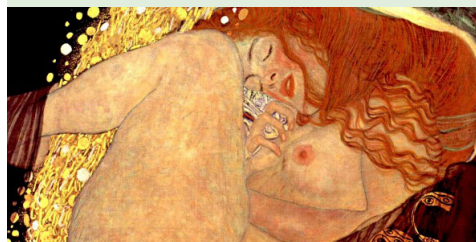
A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)

XXV

La sífilis traída por los españoles a México

II

Ramón Moreno Rodríguez*



Mágico encuentro

Guadalupe Coronel

Necesito de tus manos traviesas

De tu lengua vagabunda

Añoro tus proezas

En mi soledad profunda.

Quiero terminar en ti mis penas

Bañarte con mi néctar embriagante

Y lo que guardan con celo mis piernas

Te moje cual tórrido abundante.

Ven y cómeme, pero lento,

Sin prisa disfruta de mí

No deberá ser un tormento

Llegar hasta el fin.

Lame con suavidad mi cuerpo

Arranca de mí un sinfín de suspiros

Deja de prestar atención al tiempo

Y vibra escuchando mis gemidos.

Dame más, lléname de ti sin calma

No me canso de sentirte dentro

Sigue sin compasión, invade mi alma

Haz eterno este mágico encuentro.

El primer nombre que tuvo la sífilis en español, ya se ha leído en la entrega anterior, fue el de *pudendagra*. Y aunque no he podido averiguar bien a bien cuál fue su origen, al parecer pasó tal palabra de Italia a España. No obstante, no fue un término exitoso sino entre los médicos, pues coloquialmente se le llamaba mal de las bubas o también mal francés, aunque hay que aclarar que este segundo nombre (mal francés) se utilizaba más bien como arma arrojadiza, como el presidente de Estados Unidos ahora llama al Covid-19 *gripe china*. Y así como los españoles se la espetaban a sus vecinos, éstos llamaban a la enfermedad venérea el mal español y también el mal italiano, y a su vez los italianos se defendían llamándolo mal español y mal gálico. También se le llamó coloquialmente, aparte de bubas, búas, incluso, lúas.

Hay una polémica, desde entonces sin resolver, de cuál es el origen de la enfermedad, si es americana y de acá pasó a Europa o al revés, que es europea y de allá fue traída a América por los españoles. Cronistas muy reputados por sus muchos conocimientos, como Gonzalo Fernández de Oviedo, atribuyen el mal a las indias, que al ayuntarse con los españoles los contagiaron, así lo sostiene en una de sus crónicas:

Puede vuestra majestad tener por cierto que aquesta enfermedad vino de las Indias, y es muy común a los indios, pero no peligrosa tanto en aquellas partes como en éstas; antes muy fácilmente los indios se curan en las islas con este palo [el guayacán], y en Tierra-Firme con otras yerbas o cosas que ellos saben, porque son muy grandes herbolarios. La primera vez que aquesta enfermedad en España se vio fue después que el almirante don Cristóbal Colón descubrió las Indias y tornó a estas partes, y algunos cristianos de los que con él vinieron que se hallaron en aquel descubrimiento, y los que el segundo viaje hicieron, que fueron más, trajeron esta plaga, y de ellos se pegó a otras personas.

El hecho fue de que se tuvo conciencia de la enfermedad porque por las fechas en que Cortés y sus hombres llegaron a México, venían con él varios enfermos y había certeza de que ese mal venéreo se había diseminado terriblemente en Italia llevado por el ejército francés y luego de contagiarse las mujeres italianas, éstas lo transmitieron al ejército español, pues el *Gran Capitán*, Gonzalo Fernández de Córdoba, había hecho una poderosa campaña contra los franceses en el territorio italiano y muchos hombres de éste se contagiaron. Concluido este conflicto, algunos de estos españoles en Italia pasaron a las Indias y diseminaron el mal por el Nuevo Mundo. Y esta es la otra teoría que sostiene que en realidad la enfermedad se originó allá y fue importada por los soldados españoles que estuvieron en Italia. Apoya esta idea el que se han encontrado en Europa enterramientos muy antiguos, de la Edad Media y más atrás, en los que han aparecido huesos con evidentes huellas de haber estado esas personas aquejadas por la sífilis.

Quizá nunca se sepa a ciencia cierta quiénes contagiaron a quién. El hecho fue que entre los hombres de Cortés había varios enfermos y uno de ellos era Monsaraz el rico, protagonista del cuentecito de la entrega anterior. Bernal Díaz del Castillo, el cronista que mejor y más bien informado estuvo de aquellos primeros españoles que llegaron a México, menciona más claramente en qué consistían los males de las bubas. Entre otros lo refiere de un tal Rodrigo Rangel, del que dice en un plumazo cómo es que lo ha postrado terriblemente el mal de las bubas. Así lo afirma: *y como Cortés conocía al Rodrigo Rangel que no era para dalle ningún cargo, a causa questaba siempre doliente y con grandes dolores de bubas y muy flaco, y las zancas y piernas muy delgadas y todas llenas de llagas, cuerpo y cabeza abierta, denegaba aquella entrada...*

En efecto, la sífilis era una enfermedad doblemente vergonzosa por el prejuicio sexual que implicaba, pues se adquiría por el contacto sexual con mujeres portadoras del mal, que a su vez eran asintomáticas. Es decir, inevitablemente los enfermos habían pecado porque fornicaban con mujeres con las que no estaban casados. Por otro lado, el mal tomaba su tiempo en incubar y al principio no causaba penas, pero pasado el tiempo, meses, incluso años, en que parece que ha desaparecido, vuelve a surgir con mayor energía y es cuando se le hace imposible al enfermo ocultarlo.

Es decir, en la segunda etapa de la enfermedad, los contagiados se llenaban de pústulas, llagas y granos por todo el cuerpo. En la cara era imposible ocultarlo porque se les caían los dientes y se les hacían agujeros en el paladar que les consumían hasta el cartílago de la nariz y por ahí salía el aire cuando hablaban; ya se imaginará el lector su discurrir gangoso por esta causa. También se les caía el pelo y se les hacían agujeros en la piel del pelado cráneo, ya en la nunca ya en la coronilla. Era tal el temor y el asco que provocaban los contagiados que todos los evitaban y cuando caminaban los obligaban, en casos extremos, a tocar con un palo una tabla, para advertir a los circundantes que con su persona se aproximaba el peligro de contagiarse. Es decir, que había la creencia (no confirmada de ser cierta) que el mal se podría adquirir no exclusivamente por la vía venérea, sino charlando o tocando o compartiendo ropa o trastes con un enfermo, es decir, era tan fuerte la discriminación, como la que padecían los enfermos de lepra.

En las próximas entregas terminaremos de contar la historia de Monsaraz el rico y su intento de hacer negocios con Pedro de Maluenda, así como los deseos de que éste no vaya a delatar el mal que padece para evitar ser proscrito.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr.mx@gmail.com



Crisis y relax

Leopoldo Barragán Maldonado

Sería una aberración negar que actualmente nos encontremos inmersos en una profunda crisis cuyas consecuencias calan en diversos escenarios donde, precisamente, no sólo se reconstruyen cada uno de los principios éticos que intervienen en la formación integral de las personas, sino que además apuntalan la solidez de nuestra estructura social; como también significaría un grave error rechazar y soslayar la constante degradación de la conciencia moral y el imparable deterioro de los valores que lleva implícita.

La comunidad sin valores representa una conciencia social vacía, así como la conciencia vacía implica una sociedad desequilibrada, por lo tanto, la comunidad sin valores genera un desequilibrio social. Empleo la palabra 'desequilibrada' por considerarla más sutil y menos ofensiva que la utilizada por Erich Fromm, cuando en su obra *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* lanzó su hipótesis de que si una sociedad podía estar 'enferma' emocionalmente. Las condiciones del desequilibrio moral de la población tienen su causa en la ruptura del núcleo social –sobre todo el familiar–, la degeneración de las costumbres a través de ideologías extrañas a nuestra idiosincrasia y modo de ser, la deshonestidad cívica, y por ende, la atrofia del sentimiento de pertenencia comunitario y el declive de la identidad cultural.

Esta crisis a la que hago referencia me recuerdan los cuatro primeros siglos de nuestra era en que las corrientes neopitagóricas y neoplatónicas, incluyendo los debates entre el paganismo y el cristianismo, así como la influencia de algunas religiones orientales, se constituyeron como las doctrinas que procuraban llevar tranquilidad a las almas atormentadas por el remolino decadente del Imperio Romano. Tampoco sería descabellado decir que por aquellos tiempos los filósofos –independientemente del credo y sus locuras–, trabajaban en un 'hospital público de sanación', inclusive el paganismo vio en Apolonio de Tiana (40-97) al verdadero Jesús de Nazaret. Comparación que requiere un análisis especial.

Como en cualquier planteamiento deductivo es conveniente esclarecer el concepto general de 'crisis' para luego describir *grosso modo* las particularidades en que se manifiesta; y lo más importante, abrir los cofres filosóficos y desempolvar alguna doctrina que nos sirva de placebo para mantener la calma en medio de las crisis por las que estamos atravesando, aclarando que esta búsqueda es tarea personal, sin caer en los excesos que incurrieron algunos escépticos como Timón de Fliunte (c.320 a.C.) al considerar que las teorías filosóficas eran nocivas por sus controversias interminables.

Brevemente apuntaremos que la palabra 'crisis' es de origen griego, remontándose no sólo a la etapa de la filosofía presocrática, cuando la doctrina de los 4 elementos (fuego, tierra, aire y agua) predominaba para explicar los fenómenos físicos y cosmológicos, de tal manera que el 'cosmos' (orden), entraba en 'crisis' o 'caos' cuando alguno de aquellos elementos se desequilibraba, sino que además se arraigó en la incipiente historia de la medicina, especialmente en la teoría hipocrática de los cuatro humores, que posteriormente fue desarrollada por Galeno. Fue este médico turco, radicado en Roma donde atendía a los gladiadores heridos, el que popularizó el concepto de 'crisis', entendiéndola como una transformación determinante que se generaba en cierto punto decisivo de cualquier enfermedad influenciándola positiva o negativamente, es decir, el organismo entraba en 'crisis' si

alguno de los humores perdía su equilibrio. La enfermedad, a criterio de Hipócrates y Galeno, era un descontrol en los cuatro elementos o humores. Las crisis son desequilibrios.

Ahora podemos preguntarnos si nuestra sociedad está en crisis, entendiendo por tal el desajuste de cualquier elemento que integra su estructura, ya sea del orden familiar, social, económico, cultural y, por qué no, hasta religioso. La pregunta inquiriere si realmente somos capaces de mantener el equilibrio y la relajación emocional reflejándola en la convivencia pacífica, y en qué medida trabajamos para construir la empatía social que coadyuve en el establecimiento de una coexistencia armónica. Ante la evidencia lógica no hay prueba contraria, que sea suficiente rastrear los altos índices de violencia y observar los motivos –cada vez más ignominiosos– que impulsan a los sujetos involucrados en este imparable fenómeno, para darnos cuenta del desmoronamiento ético de los cimientos familiares y el desprendimiento de los soportes cívicos del conglomerado social. Ante tal decrepitud, es recomendable el ideal de imperturbabilidad que enseñaba Luciano de Samosata (125-200): “La vida preferible es la del común de los hombres, abandona la locura de disertar sobre los cuerpos celestes y de buscar los principios y los fines (...) Considéralo todo como pura tontería. Proponte como único fin atravesar lo mejor posible la presente vida. Diviértete de todas las cosas y no te apasiones por nada”.

Es cierto, vivimos en una época de ultraje a los valores que exaltan la vida, convivimos en un marco de brutalidad, y coexistimos bajo la atmósfera de barbarie cotidiana en que Themis –la diosa de la justicia– no ve, ni escucha, y menos habla, posiblemente encarne el ideal estoico de la *ataraxia* (imperturbabilidad) como lo describe el pacifista Démonax (c.50-150): “Las leyes son inútiles para los buenos, porque los hombres del bien no las necesitan, y también para los malos porque éstos no son mejores con ellas”. Pero una cosa es la imperturbabilidad y otra la indiferencia, esta última nos ha vuelto egoístas, vanagloriándonos con la expresión “mientras yo y mi familia estemos bien, lo demás no importa”, aquí cabe la sentencia del gran Démonax: “las cosas humanas no son dignas de miedo

ni de esperanza, pues todas, agradables o molestas, son sin excepción caducas”. Este pensamiento relajante lo podemos enlazar con el siguiente que mencionaba el cínico romano Musonio Rufo (S.I): “ya que todo el mundo morirá, es mejor morir con distensión que vivir mucho”.

El solipsismo existencial al que conduce la crisis de valores encuentra otra de sus modalidades al invocar la misericordia de Dios pidiendo cosas mundanas; por si fuera poco, Démonax advierte: “Dios no tiene necesidad de sacrificios, y en cuanto a los misterios, que si contuvieran alguna revelación de buenas nuevas para el hombre, él tendría a bien publicarlo, pero que si carecieran de todo valor se sentiría obligado a prevenir al pueblo contra ellos”. Y para rematar, Máximo de Tiro (c.150-183), filósofo perteneciente al platonismo medio, decía: “no lo profanes dirigiéndole vanas plegarias para pedirle cosas terrenales que pertenecen al mundo del azar o que pueden obtenerse mediante el esfuerzo humano, cosas que el justo no tiene por qué pedir, y el injusto no merece obtenerlas”. Egocentrismo, que aunado a la crisis moral que experimentamos, nos ha vuelto insensibles e indiferentes a todo aquello que nos permitía distinguarnos del reino animal. Los lobos se interesan más por la protección de su manda, y las abejas son más solidarias, que nosotros con el prójimo.

Es cierto, vivimos en una época de ultraje a los valores que exaltan la vida, convivimos en un marco de brutalidad, y coexistimos bajo la atmósfera de barbarie cotidiana en que Themis –la diosa de la justicia– no ve, ni escucha, y menos habla, posiblemente encarne el ideal estoico de la ataraxia (imperturbabilidad) como lo describe el pacifista Démonax (c.50-150).

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Los jaloncitos del pantalón

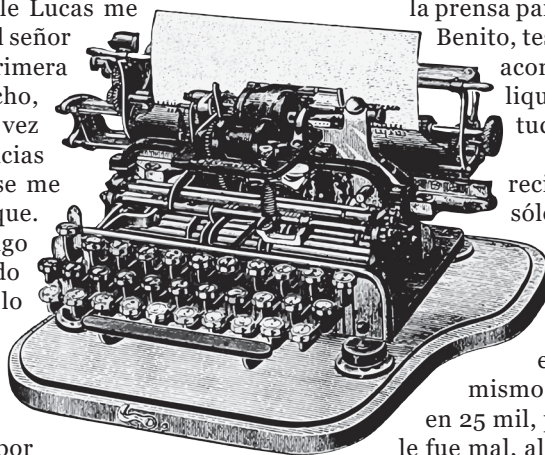
Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1996. Por agosto de 1967, mi estimable Lucas me habló jubilosamente que había conseguido que el señor Gobernador me nombrara administrador de la primera Feria de su sexenio, cosa que le agradecí mucho, sintiéndome satisfecho y responsable. Cuando por tercera vez administraba la Feria, en el 71, y con el fin de evitar suspicacias y entrara más dinero por concepto de arrendamientos, se me ocurrió poner en subasta tanto el casino como el palenque. Se presentaron diversos postores, entre ellos mi buen amigo Román, que ofreció 50 mil pesos por el casino, agregando al final de su oferta que en caso de que alguien ofreciera lo mismo, el subiría mil pesos más.

Estando así las cosas, fui a Palacio para poner en consideración de don Pablo lo referente a diversos asuntos, y entre éstos le mostré la carta de Román, la vio y me dijo: “Está bien, pero antes de resolverle ve a Lucas. Correcto, ¿por qué no lo mandas a buscar de una vez?”. Y de inmediato habló a la Cámara de Diputados, que estaba en la planta baja del Palacio, y vino el que por entonces era el presidente del H. Congreso. Tan luego nos saludamos, le mostré la oferta y me dijo: “Yo ofrezco lo mismo”. Le hice notar de los mil pesos más, pero el argumentó sus razones y el Gobernador lo apoyó. “¿Y sobre el pago? Aquí Román ofrece de contado”. “Bueno, yo no tengo de momento todo el dinero, pero ahorita te entrego un cheque por 25 y el resto lo pago al final de la Feria”. El Gobernador asintió y yo anotando el acuerdo, me retiré.

Dos o tres días más, se supo quién era concesionario y Román, como una mera coincidencia, a quien le debía 100 mil pesos que gentilmente me los había prestado con el 1 por ciento, me notificó que de pronto le salió un negocio y urgido de dinero quería que el día de su vencimiento, que era la semana próxima, se los devolviera, y ante mis ruegos y súplicas, me concedió la gracia de seguir con los 100 mil pesos, siempre que le pagara 2 mil 500 mensuales, en lugar de los mil convenidos.

Se vino la Feria, fue una buena Feria, tanto los juegos como el palenque, el casino y los diversos puestos tuvieron muy buena concurrencia. Se llegó el día de la clausura y el desmantelamiento de las instalaciones que se ponían en la parte central y que eran a base de estructuras que nos facilita el Capfce, y yo a pagar servicios y cobrar los pendientes. Ya para cerrar la liquidación que se entregaba a



la prensa para conocimiento de la ciudadanía, invité al licenciado Banda Benito, tesorero general del estado y tesorero de la Feria, para que me acompañara con el Gobernador para enseñarle una copia de la liquidación con los porcentajes a entregar a las distintas instituciones de servicio social y que diera su aprobación.

Y así nos dirigimos una tarde a su casa. Don Pablo nos recibió, le mostré el borrador de la liquidación, agregando que sólo había tres pendientes, el completo de la renta del casino, la cooperación del Ingenio de Quesería y el pago del servicio eléctrico que querían cobrar 3 mil 500, en lugar de los 3 mil pesos del año anterior, y don Pablo me contestó: Voy a hablar con el ingenio, para que te manden su aportación con el gerente de la CFE, para ver si es posible que te cobren lo mismo del año pasado, y sobre lo del casino creo que debes dejarlo en 25 mil, pues parece que les fue mal”. Yo le contesté: “No, Pablo, no le fue mal, al contrario, me da gusto que le fue muy bien”, y entonces el Gobernador insistió con lo mismo y fue entonces que yo, ante el dilema del agradecimiento a Lucas por haberme recomendado en el puesto de administrador y el de dar mejores resultados en las liquidaciones para satisfacción del mismo por haberme recomendado, opté por esto: Así que volví a la carga argumentando y enfatizando sobre la verdad, de que el casino había sido un buen negocio, etc., etc., y fue entonces cuando el señor Gobernador, un poco serio y molesto, insistía que había que dejar en 25 mil pesos la concesión del casino.

Y estábamos en eso cuando empecé a sentir jaloncitos de mi pantalón por debajo de la mesa, jaloncitos que me di cuenta me los estaba dando el licenciado Enrique, y hasta entonces comprendí y de inmediato cambié, contestándole a don Pablo: “Tienes razón, Pablo, ahorita estoy recapacitando, efectivamente le fue muy mal al negocio del casino”. Terminada nuestra encomienda, el licenciado y yo nos despedimos del señor Gobernador y ya en la Calzada Galván, el tesorero Banda me dijo: “Don Carlos, a un Gobernador no se le debe alegar y menos negarle lo que él sugería, pues desde el momento que es Gobernador del PRI se presume que no puede equivocarse, así es que no olvide que a los de arriba siempre debe darles el sí para tener éxito en el PRI”, frase que años después, me recordó mi buen amigo Agustín Acosta Lagunes, gobernador del lindo estado de Veracruz.

* Empresario, historiador y narrador. †

En círculo

León Mendoza

Encontré en ti el camino
a los pasos que perdí
tratando de encontrarte.
Los que me llevaron a
ese lugar lleno de
misticismo y historia
escondidos en lugares
incierto de tus paisajes.

Embrionario

Magda Escareño

Brusquedades:

IV Bruma prístina:

La lluvia, dudas de las estaciones. Ancla y desvío cuando el ayer amanece en el hoy. Y el ayer me sigue en el puente de lo inmovible, precoz accidente de mi desfiguración. Y el frío me bebe desde la copa de la nube entre los puntos cardinales de la existencia.